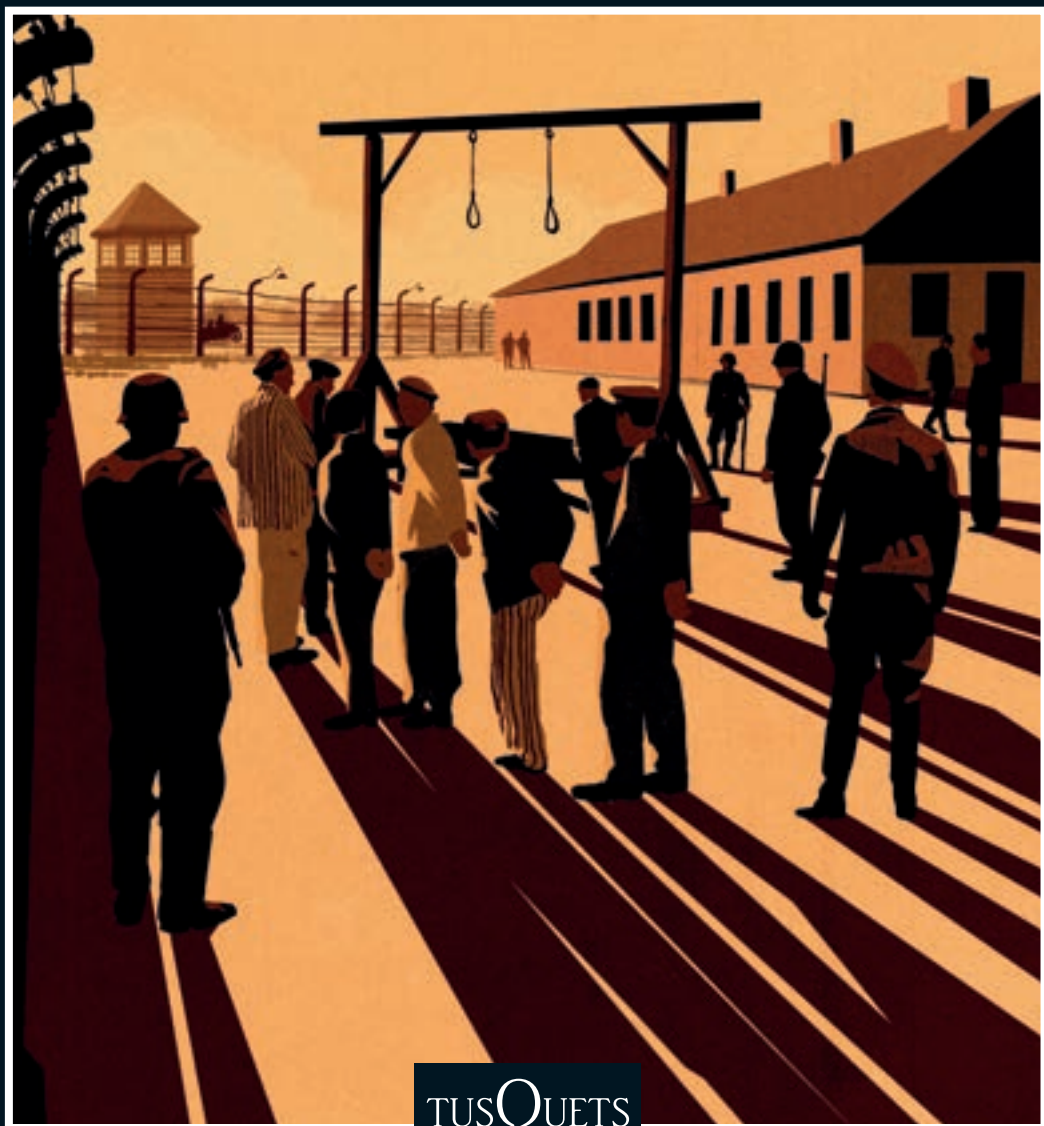


Grégory Cingal

LOS ÚLTIMOS DE LA LISTA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GRÉGORY CINGAL
LOS ÚLTIMOS DE LA LISTA

Traducción de Patricia Orts

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Les derniers sur la liste*

1.ª edición: septiembre de 2025

© Les Éditions Grasset & Fasquelle, 2024

© de la traducción: Patricia Orts García, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-659-3

Depósito legal: B. 11.800-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

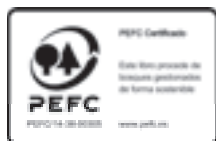
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Primera parte: Gran virulencia	13
Segunda parte: El bloque de los oficiales	49
Tercera parte: <i>Sofort zum Tor</i>	81
Cuarta parte: La elección de Yeo	113
Quinta parte: Un milagro.	151
Sexta parte: Cada llamada por el altavoz	177
Séptima parte: No llores demasiado tiempo por mí. .	209
Octava parte: Una fotografía en la nieve	237
Novena parte: Expiaciones.	273
<i>Fuentes</i>	295

Berlín, último día del año 1941. El mayor de las SS Erwin Ding-Schuler está celebrando la Nochevieja con su familia. Rodeado de su mujer, Irene, y de sus dos hijas, saborea su venganza de la vida. En algunas fotografías da la impresión de estar cubierto de polvos de talco. Se le ve blanco como la leche, regordete, imberbe, parece un querubín.

El mayor Ding-Schuler es un médico joven devorado por la ambición. Un canalla con una sed insaciable de reconocimiento, que entró en las SS por arribismo más que por fervor. Hijo ilegítimo del barón Von Schuler, aspira a recuperar el apellido aristocrático y a cubrirse de gloria en el mundo de la medicina. Ha presentado ya un recurso para no tener que llevar el nombre de su padre adoptivo, pero el proceso se está eternizando. Firma como *Doktor* Ding, en ocasiones Ding-Schuler, y tendrá que esperar dos años antes de poder hacerlo simplemente como Schuler (aunque sin el *von*). En la escuela, sus compañeros lo llamaban ding-dong. *Ding* en alemán significa cosa, trasto, cachivache.

Elegante, afable y muy bien valorado por sus superiores, la única experiencia que tiene el doctor Cachivache es como médico auxiliar en el ámbito de los campos de concentración. Acaban de ascenderlo, a pesar de contar apenas veinti-

nueve años, y va a dirigir el Centro experimental sobre el tifus y los virus ubicado en Buchenwald.

2

Cada época tiene sus ilusiones inmunitarias, sus altos consejos sanitarios, sus asignaciones a las medidas preventivas. El nombramiento del mayor Ding-Schuler se produjo hace dos días, durante el curso de una conferencia cumbre en la que participaron Leonardo Conti, ministro de Sanidad del Reich, Siegfried Handloser, jefe de los servicios médicos de la Wehrmacht, y Joachim Mrugowsky, director del Instituto de Higiene de las *Waffen-SS*.

La situación es grave. Los gloriosos ejércitos del Reich, victoriosos en todos los frentes, se han detenido por primera vez en las llanuras de Smolensk. Entre sus filas se ha propagado una epidemia de tifus. Las vacunas disponibles son a todas luces insuficientes y de mala calidad. Ya no se puede descartar el riesgo de pandemia en todo el continente. En consecuencia, hay que acelerar la investigación de las vacunas haciendo pruebas con cobayas humanas, y ordenar la movilización general contra el enemigo interior más pernicioso, minúsculo y también peludo: el piojo.

3

El bacilo del tifus se transmite a través del piojo del cuerpo (*Pediculus humanus humanus*). En concreto, a través de sus excrementos, un polvo donde anida la bacteria, que el piojo deposita a diestro y siniestro después de haberse llenado la barriga con la sangre de sus víctimas. Basta un simple picor,

rascarse durante unos segundos la picadura para que el germen penetre en la piel.

El *Pediculus humanus humanus* es un animal muy sociable y al que le atrae el calor. Le gustan las multitudes, la suciedad y la humedad. Cuanto más se hacinan las personas, más expansivo y prolífico se muestra. Históricamente, creció a la par que el capitalismo naciente, propagándose por los cuarteles, las cárceles, las fábricas, los barcos, en pocas palabras, por cualquier lugar donde la gente se aglomeraba contra su voluntad.

En cualquier caso, su caldo de cultivo favorito es la guerra. A ser posible en Oriente, una región por la que siente una especial preferencia. Fue él quien diezmó las tropas de Napoleón durante la gran retirada de Rusia, quien arrasó el ejército serbio en las trincheras de la Gran Guerra y quien envenenó de forma indiscriminada al Ejército Rojo de Trotski y a los soldados blancos de Wrangel. Balance total de muertos: tres millones. Para Lenin, la ecuación era simple: «O el piojo derrotará al socialismo o el socialismo derrotará al piojo».

4

En el caso de la orgullosa raza aria, la ecuación también es sencilla. El piojo, ese chupador de sangre, solo se expande por el este, que es biológicamente impuro. Las alimañas atraen a las alimañas. El este es el «espacio vital» que debe ser liberado de sus parásitos, tanto vertebrados como invertebrados. El programa se detalla en *Mein Kampf*. Los caricaturistas se regodean en los carteles que aparecen pegados en las paredes, en la última página de los diarios. El mujik cruel, el bolchevique espantoso, el hombre con un cuchillo entre los dientes, aparece implacablemente sucio, barbudo, hirsuto,

«piojoso». Al igual que su maldito primo, el judío del *Yiddishland*, un ser sucio, hediondo, también «piojoso», que luce un sombrero blando, la barba rizada y una levita polvorienta. La diferencia está en la mirada. El primero te paraliza con los ojos inyectados en sangre, en tanto que el segundo, que nació farsante, te mira desde abajo para poder morderte mejor en cuanto le des la espalda.

El tifus más extendido, además del más mortal, es el exantemático. En alemán, *Fleckfieber* (fiebre maculosa), debido a las manchas moradas que aparecen en la piel, los exantemas. Los alemanes lo rebautizaron enseguida como *Judenfieber*, la fiebre de los judíos. Y, tratando de combatir la enfermedad, crearon las condiciones perfectas para su propagación. Pusieron en cuarentena pueblos enteros, metieron a las poblaciones judías en los guetos de Polonia y Ucrania, encerraron a los prisioneros de guerra y los deportaron a cloacas donde vivían hacinados. Un polvorín bacteriológico a punto de estallar.

En los campos de concentración, meten enseguida la cabeza de los recién llegados en una cuba llena de cresol para desinfectarlos. Todas las semanas, normalmente los sábados, se organizan sesiones de despioje, en las que se persigue al parásito por el cuerpo desnudo del detenido, de las axilas al escroto, utilizando una cuchara de madera. En las letrinas, lugar propicio para cualquier tráfico clandestino, los piojos valen su peso en oro: permiten, al menos, gozar de una semana de descanso, de aislamiento, al amparo de las metralletas y de los desvaríos de los *Kapos*. A la entrada de cada bloque hay un cartel donde aparece representado uno de estos bichos lanzando rayos malignos a una calavera. A modo de leyenda, cuatro palabras: EINE LAUS, DEIN TOD. Un piojo, tu muerte.

En un primer momento, el doctor Ding-Schuler tiene una vaga idea sobre la manera de proceder. Totalmente inexperto, solo ha completado un curso de formación en el Instituto Pasteur. En Buchenwald hay un bloque especial destinado a su «Centro experimental». El bloque 46 es un gran edificio de piedra, perforado por unas estrechas ventanas de cristal esmerilado y rodeado por una doble hilera de alambre de espino. Ding-Schuler comienza diciendo a su equipo que todos deben atenerse a una ley militar especial: nada debe filtrarse fuera de las paredes del bloque so pena de muerte.

Para la primera serie de pruebas seleccionan a ciento cuarenta y cinco cobayas. La mayoría de ellos son judíos polacos en un estado lamentable. Durante un mes, los alimentan con una dieta rica compuesta de leche, mantequilla, huevos, azúcar, miel y pan blanco, para que, en la medida de lo posible, adquieran la condición física de un soldado alemán. Cuando engordan lo suficiente, las cobayas son vacunadas tres veces, con cinco días de intervalo, en grupos de treinta, a excepción del grupo llamado «de control», que no recibe la vacuna. Se testan cuatro vacunas diferentes.

Al cabo de un mes, dado que cada preparado debería haber generado *a priori* anticuerpos, se infecta a los «sujetos» mediante escarificación. El director del Instituto Robert Koch, Eugen Gildemeister, se desplaza personalmente a Buchenwald con unas cepas de tifus cultivadas en embriones de pollo. Su misión: enseñar al joven Ding-Schuler el arte y la manera de inocularlas correctamente a los judíos. Valiéndose de una lanceta, raspan la piel del brazo, depositan una gota de virus y después la tapan con esparadrapo. Ding-Schuler es un alumno algo torpe, ya que se infecta por des-

cuido. Abatido por la fiebre, lo evacúan del campo y pasa varias semanas en un lazareto de Berlín.

A lo largo de la historia de la virología, muchos expertos se han inoculado el mal para conseguir que sus remedios triunfaran. Perdiendo incluso la vida, como fue el caso de los dos descubridores de la bacteria portadora del tifus, Howard Ricketts y Stanislaus von Prowazek. Ding-Schuler, en cambio, no lo ha hecho a propósito. En su caso, la muerte en el campo de batalla de las probetas es irrelevante.

Esta primera gran serie de pruebas acaba siendo un fracaso. Nadie enferma, ni siquiera el grupo que no ha sido vacunado, por lo que es imposible comparar de forma útil los preparados. Como mucho, se observa que la mayoría de los «pacientes» tiene las palmas de las manos y las plantas de los pies amarillentas. Temiendo que le agradezcan su ineficiencia, Ding-Schuler envía a Berlín un informe plagado de números inexactos. Es la primera vez que falsifica los expedientes médicos y no será la última.

Así pues, llevan a cabo una segunda y después una tercera serie de test, en ocasiones para experimentar vacunas extranjeras, con idéntica ausencia de resultados. Ding-Schuler se desespera. O las cepas cultivadas por el profesor Gildemeister no son lo bastante virulentas, o las escarificaciones se han hecho mal, o las cobayas han adquirido con el tiempo cierta inmunidad a fuerza de vivir en las miasmas insalubres de sus países de origen. Esta última hipótesis es la más sugestiva. Suceda lo que suceda, la culpa siempre es de los judíos. A partir de ese momento, elegirán entre los detenidos del campo a los hebreos procedentes del Reich, a los criminales o a los asociales. Así pues, después de los triángulos amarillos, los triángulos verdes.

Dado que las incisiones realizadas con lanceta no son muy eficaces, se opta por un método de infección más «natural»: la succión del piojo. El 30 de noviembre de 1942 llega a Buchenwald un contingente de treinta mil especímenes encerrados en pequeñas jaulas de madera. Los envía el Instituto de investigación viral del alto mando de la Wehrmacht, cuya sede está en Cracovia. ¿Qué mejor, se decían allí, que los campos de concentración para instalar granjas de piojos, ya que en ellos abunda su alimento favorito, la sangre humana? «¡Menuda estupidez!», exclama con la respiración entrecortada Waldemar Hoven, el médico jefe de Buchenwald. «¡Eso significa una epidemia asegurada, el cordón sanitario para toda la región! Esta vez sí que se han vuelto realmente locos», confía al *Kapo* del bloque 46, el siniestro Arthur Dietzsch.

Hoven y Dietzsch han visto un sinnúmero de veces las películas de propaganda que se proyectan continuamente en los cuarteles de la Wehrmacht. *El judío, el piojo y la pulga*, las imágenes espeluznantes de guetos carcomidos por las alimañas, los insectos asesinos y las manchas oscuras en la frente de los moribundos. Aprovechando la ausencia de Ding-Schuler (se está formando en el Instituto Pasteur), Hoven y Dietzsch deciden hacer desaparecer las jaulas alegando un accidente de transporte. «Parte de la parafina que sellaba las tapas se ha derretido durante el viaje», escriben al Instituto de Cracovia, grandes cantidades de piojos se esparcieron por la naturaleza y hubo que apresurarse a quemarlo todo.

Pero el alivio dura poco, porque el instituto les envía un segundo lote de jaulas, esta vez acompañadas de un médico encargado de supervisar el desembalaje del material. Las jaulas son del tamaño de una caja de cerillas grande y cada una

de ellas contiene un centenar de piojos infectados. A los muslos y las pantorrillas de las cobayas humanas se pegan las jaulas mediante unas anchas bandas elásticas. El lado de la jaula que presiona la piel está finamente tamizado para que los piojos puedan alimentarse sin riesgo de que escapen. En el interior se coloca una almohadilla pequeña de lana donde pueden depositar sus excrementos y poner sus huevos en paz. «Habrá que limpiar y esterilizar las jaulas con regularidad», advierte el médico del instituto. Hoven y Dietzsch esperan a que se marche al día siguiente mientras demoran los preparativos, luego desatan las jaulas pegadas a las piernas de los prisioneros y les prenden fuego de nuevo. Redactan un informe pericial del todo fantasioso, inflado con cifras falsas, en el que concluyen que el proceso de inoculación es demasiado aleatorio.

Esta vez, los donantes de sangre eran presos homosexuales. Diecinueve en total, encadenados a una silla, completamente desnudos bajo una sábana blanca. Después de los judíos y los criminales, los «pederastas». Después de los triángulos amarillos y los verdes, los rosas. Hombres de buena voluntad, ya se sabe, dispuestos a ofrecer sus cuerpos a la ciencia.

7

Los triángulos rojos, por su parte, tenían los mandos esenciales del poder en Buchenwald. Al menos los más antiguos, los comunistas alemanes, presentes desde la fundación del campo. Dado que no eran muchos, que, además, eran perezosos y que las epidemias los aterrorizaban, los hombres de las SS delegaron la gestión de los asuntos internos a un sector privilegiado de los detenidos, y lo primero que hicieron fue separarlos. Eso dio como resultado una lucha despiada-

da entre verdes y rojos, entre «derechos comunes» y «políticos», al final de la cual los veteranos comunistas, mejor organizados y más disciplinados, salieron victoriosos.

Ni la *Kommandantur* de las SS ni la oligarquía roja del campo vieron con buenos ojos la creación del «Centro experimental». El *Lagerkommandant* no fue consultado, la orden llegó de arriba. El bloque 46 goza de un estatus extraterritorial en el organigrama de las SS. Es una verruga plantada en el corazón de los barracones. Los comunistas alemanes se han negado a nombrar a uno de los suyos para dirigir el bloque. Demasiado comprometedor. Ya son bastante impopulares por compartir el poder de la violencia discrecional de las SS como para echar más leña al fuego. Al menos, la situación ofrece una ventaja: los miembros de las SS tienen ahora mucho más miedo a contagiarse, así que ya no frecuentan tanto el campo principal, salvo para pasar lista.

8

Una vez recuperado, el doctor Ding-Schuler regresa a Buchenwald más iluminado que nunca. En París, ha leído la historia de un médico turco que se volvió loco y que en 1916 fue acusado de haber contagiado a decenas de personas con sangre fresca procedente de enfermos de tifus. Vaya, vaya, ¿y si lo intentaran de esa manera? Sería mucho menos problemático que hacer incisiones con un bisturí mojado en las yemas de los huevos infectadas. Y mucho menos peligroso que los excrementos de piojo envasados.

Ding-Schuler procede gradualmente. Administra a sus nuevas víctimas dos centímetros cúbicos de sangre tifoidea fresca. Contagia a dos hombres mediante escarificación, a dos mediante inyección subcutánea, a dos mediante inyec-

ción intramuscular y a tres mediante inyección intravenosa. Esta sale clara vencedora. «Los infectados a través de la intravenosa han desarrollado graves síntomas de tifus y han muerto por insuficiencia respiratoria», escribe en el diario donde anota los experimentos.

La operación se repite al cabo de dos días, esta vez con grupos de seis cobayas. «Los infectados por vía intravenosa han vuelto a desarrollar síntomas muy graves de tifus. Cinco de ellos han muerto. De los seis infectados por vía intramuscular, solo uno presentó síntomas de la enfermedad. Los demás no manifestaron problemas clínicos significativos. La inyección intravenosa de dos centímetros cúbicos de sangre fresca de un paciente es, por tanto, el medio más eficaz para transmitir el tifus a los seres humanos.»

En otras palabras, la mejor forma de infectar a un ser humano es inyectar el veneno en su sangre. Un maravilloso descubrimiento.

9

Lo más desconcertante de todo este asunto es que Ding-Schuler tiene carta blanca para actuar. Que nadie en Berlín ni en Cracovia ni en el Instituto Robert Koch le objete que una inyección directa de sangre fresca no equivale a un contagio natural y que, en consecuencia, puede restar fiabilidad a las pruebas. Pero qué se le va a hacer, así es la guerra, quien no arriesga no obtiene nada. El atractivo *Doktor* Ding es ingenioso, confiemos en la juventud.

La historia de la medicina nazi es la historia de una aspiración por abajo, de la ingestión de la conciencia en la tripa de la ciencia. Los involucrados empiezan ofuscándose, después cierran los ojos, más tarde participan y, al final, redoblan el celo. El profesor Gerhard Rose, célebre especialista

en enfermedades tropicales, es uno de los pocos que muestra su impacto en público al ver los experimentos que se llevan a cabo en el bloque 46. «La mejor manera de combatir el tifus», afirma, «es intensificar en todas partes las medidas preventivas de higiene, en lugar de especular sobre un hipotético elixir milagroso envenenando a seres humanos.» El virtuoso profesor cambiará de opinión al cabo de un año. Probará una nueva vacuna procedente de Copenhague en el bloque de las cobayas, lamentará que no dé los resultados esperados (seis muertos) y sugerirá a su joven compañero que sea más riguroso a la hora de elegir a los «sujetos».

El profesor Rose no será el único estudioso en dar órdenes en el bloque 46. Otros acuden a él para observar los efectos clínicos de las mezclas que hace. Ding-Schuler enseña encantado sus instalaciones. Acoge con gran pompa al profesor Eyer, director del Instituto de Cracovia, y no tarda en recibir también la visita de los doctores Weber y Lautenschlaeger, de IG Farben. El gigante mundial de la química diversifica su oferta comercial: el zyklon B para las cámaras de gas de Auschwitz, acridina y rutenol para el bloque 46 de Buchenwald. Dos medicamentos que, en teoría, deberían curar tanto el tifus como la disentería. Apenas tomen los gránulos, la mayoría de las cobayas sufrirán fuertes diarreas y vomitarán diez veces al día. Los doctores Weber y Lautenschlaeger se sentirán profundamente decepcionados. Negarán su fracaso y la realización de pruebas en los deportados. «Oficialmente, IG Farben no está al corriente de nada», confiarán a Ding-Schuler.

10

Para infectar adecuadamente a sus cobayas, el mayor Ding-Schuler necesita, por tanto, sangre fresca de los enfermos,

pero ¿cómo conseguirla? No pueden esperar a que los detenidos contraigan el tifus en el campo, tampoco pueden seguir dependiendo de las cepas que piden al exterior, dado que su grado de virulencia no está garantizado. Al final, Ding-Schuler apuesta por una cadena de suministro corta, la producción local, creando su propio depósito de tifus. Pero no con piojos de laboratorio, como hacen en Lemberg y en Cracovia, sino con seres humanos directamente infectados.

Esas cepas humanas se mantienen mediante «transmisiones» regulares de un individuo enfermo a otro. Para preservar un grado elevado de intensidad, las transfusiones de un hombre a otro son numerosas, incluso veinticinco en algunas ocasiones, después, el virus tiende a agotarse. El bloque 46 consume una media de entre dos y cinco hombres-cepa al mes. Casi doscientos muertos en total, la mayoría víctimas de atroces sufrimientos. Los pocos supervivientes se eliminan inyectándoles fenol en el corazón. De todos los horrores perpetrados en el bloque 46, este no figura en ningún registro. En su diario de laboratorio, Ding-Schuler registra la mayoría de las pruebas realizadas con cobayas, pero no dedica una sola línea a su «cepa local», una auténtica devoradora de hombres. Secreto de defensa.

11

Cuando más tarde se llevan a cabo los trabajos prácticos, se produce la hecatombe. Nadie o casi nadie enfermaba con el procedimiento Gildemeister. Con el de Ding-Schuler, en cambio, mueren todos o al menos la mayoría. El 1 de junio de 1943 pierden la vida veintiún hombres de un total de treinta inoculados. El 7 de septiembre de 1943 fallecen cincuenta y tres de los setenta sometidos al test. Ninguno de los

tratamientos antitíficos resiste a la inyección intravenosa: ni la acridina, ni el rutenol de IG Farben, ni el suero ASID inventado en Riga, ni siquiera la vacuna Weigl, la mejor del mercado. Así que proceden a tientas, ajustando las dosis, midiendo los tiempos de incubación del veneno. Las inyecciones se reducen a un centímetro cúbico de sangre infectada, luego a un cuarto, al final, a una décima parte.

Con el modo de infección más o menos estabilizado, Ding-Schuler puede dedicarse ahora a su gran proyecto: producir su vacuna. Que llevará su nombre, sueña con eso cada noche. Que triunfará sobre el resto de las vacunas extranjeras, que han ido experimentando en el bloque y que se han cultivado en distintos órganos animales: la del profesor polaco Weigl, en el intestino de pollos; la del profesor rumano Cantacuzène, en el pulmón de perros; la del profesor francés Giroux, en el pulmón de conejos; la del profesor estadounidense Cox, en huevos embrionados; la del profesor danés Ibsen, en el hígado de ratones.

La carrera de las vacunas no es solo internacional, también es motivo de avidez en el corazón del Reich. Todos fabrican su propia vacuna: en el Instituto Robert Koch, en el Instituto de Higiene de las *Waffen-SS*, en el Instituto de Higiene del alto mando de la Wehrmacht, en los laboratorios de IG Farben, en los de la Behringwerke, y hasta en el campo de concentración de Struthof, donde trabaja el eminente profesor Haagen, también con cobayas humanas.

Dado que la sede de Leipzig del Instituto de las *Waffen-SS* ha sido bombardeada, Himmler ha dado su autorización para deslocalizar una filial de producción a Buchenwald. El lugar ideal, según Ding-Schuler, ya que los aliados jamás efectuarán un bombardeo en alfombra sobre los prisioneros. Un sitio donde, gracias a su método revolucionario, ha insistido, la sangre contaminada está a buen recaudo. Heinrich

Himmler, jefe supremo de las SS, es el amo de los campos. Apasionado por cualquier tipo de investigación biológica, quiere elaborar también una vacuna para destinarla a sus tropas de élite, dado que estas tendrán que acudir en breve a reforzar las líneas más frágiles del frente oriental. Una vacuna con denominación de origen extremadamente controlada, cien por cien aria. Escrita con letras rúnicas coronadas por una calavera y unos huesos cruzados, cien por cien SS.

12

¿Qué cepa animal debe utilizarse para cultivar la vacuna SS? Los piojos quedan descartados. Además del riesgo de epidemia que representan en un campo, su coste de fabricación es exorbitante. En Lemberg, vigilado por los alemanes, el profesor Weigl está preparando la mejor vacuna del mundo en un triturado de intestinos de piojo neutralizado con formol. Es la primera vez en la historia de la ciencia que utilizan insectos como animales de laboratorio. Una tarea propia de un benedictino, que requiere un personal numeroso y cualificado, ya que cada piojo se infecta por vía rectal con la ayuda de una pipeta microscópica. Para una sola dosis de vacuna se necesitan cien intestinos. Un producto de lujo imposible de realizar en Buchenwald.

La vacuna estadounidense, en cambio, tiene la ventaja de poder producirse a gran escala, ya que se basa en la cría de pollos en batería. Todos los soldados del ejército de ese país que desembarcan en el norte de África están vacunados. Los alemanes llevan años tratando de desentrañar el misterio de su fórmula y al final han tenido que justificar su fracaso con una excusa: la vacuna, cultivada en embriones nacidos muertos, es el producto por excelencia de una na-

ción degenerada, la nuestra de Lemberg, en cambio, procede de piojos sanos, hinchados de sangre. Una vacuna «natural» frente a una «vacuna degenerada», la ideología es una buena chica: la pongas donde la pongas, siempre se siente cómoda. Ding-Schuler llegará incluso a sospechar que los estadounidenses han filtrado deliberadamente a la prensa especializada los códigos de fabricación de su vacuna, que a sus ojos es tan inofensiva como el caldo de pollo.

13

A falta de piojos o de huevos de gallina, Ding-Schuler opta por los conejos. Su idea es copiar la vacuna francesa. Se ha documentado bien durante sus sucesivas estancias en el Instituto Pasteur. Les ha comprado incluso (¡a crédito!) material de laboratorio. La vacuna Durand-Giroux está en fase previa de elaboración. En virtud de un acuerdo entre Vichy y Berlín, el centro no tardará en enviar miles de dosis a Alemania. El grueso de la producción se destinará a los prisioneros de guerra franceses, el cuarto restante, a las tropas alemanas del frente oriental.

Jacques Tréfouël, el director del Instituto Pasteur, hace todo lo posible para obstaculizar la colaboración impuesta por el Reich. A su despacho acuden con frecuencia enviados de la Wehrmacht y de IG Farben. El científico sale del paso con promesas diplomáticas, concesiones superficiales y retrasos meticulosamente orquestados. El 5 de julio de 1943, a las diez en punto, Tréfouël no recibe en su despacho a un emisario nazi, sino a una mujer elegante y afligida. Es la señora Émilie Balachowsky, esposa de un entomólogo detenido tres días antes por la Gestapo.

Alfred Balachowsky llevaba una doble vida desde hacía varios meses. Profesor de Zoología en la Escuela Nacional de Agricultura de Grignon de día y líder sectorial de la red de resistencia PROSPER de noche. En contacto regular con Londres a través de un transmisor oculto en el invernadero de la escuela, entre las plantas exóticas. Sus alumnos estaban acostumbrados a verlo llegar al volante de su Rosengart cubierto de barro, tras haberse lanzado en paracaídas la noche anterior en las inmediaciones del jardín del castillo. La Gestapo ha hallado recientemente varias toneladas de armas y municiones escondidas en una granja vecina. PROSPER es la mayor de las redes de resistencia creadas por la Special Operations Executive (SOE), la Dirección de Operaciones Especiales, que abarca la región de París y el oeste de Francia. La redada llevada a cabo por el contraespionaje alemán es un auténtico desastre para Londres. Cientos de hombres son detenidos y se descubren un sinnúmero de escondites de armas y de explosivos. El propio Hitler se felicita por ella en voz alta.

Émilie Balachowsky convence a Tréfouël para que el Instituto Pasteur contrate a su marido con carácter retroactivo, a partir del 1 de julio de 1943. El director envía de inmediato una carta de acreditación al Ministerio de Educación e Investigación. Un trabajo ficticio, por así decirlo, pero sin sueldo, y que quizás ayude a obtener una medida de clemencia, porque, por el momento, Balachowsky está detenido sin pruebas en su domicilio de Viroflay. Émilie anunciará la buena noticia a su marido después de que lo encierren en la prisión de Fresnes. Lo hará pasándole un libro alemán envuelto en lino, ya que el correo está prohibido. En la página de guarda figura este exlibris: «Alfred Balachowsky, Instituto Pasteur, París».

El agente del SOE que manejaba el transmisor escondido en el invernadero de la escuela de Grignon era una mujer. Noor Inayat Khan, una joven princesa india. Nombre en clave: Madeleine. Nombre de cobertura: Jeanne-Marie Régnier, niñera. Fue la primera operadora de radio en ser destinada a la Francia ocupada. Con la ayuda del jardinero de la finca, enviaba siete mensajes al día. Musicóloga de formación y virtuosa del arpa, telegrafiaba a una velocidad asombrosa, sin un solo error de codificación. Sin duda, fue reclutada por ese talento, aunque quizás también por su belleza. Ya que, por lo demás, no acababa de encajar: además de ser distraída y reservada, era incapaz de mentir, un hándicap más bien embarazoso tratándose de una agente infiltrada.

A Émilie le fascinaban la dulzura de sus facciones y sus grandes ojos negros de gata temerosa. El día en que se conocieron, le sugirió que no bebiera el té al estilo inglés, que echara el agua sobre las hojas antes que la leche para que no la descubrieran. Noor llevaba siempre encima un pastillero. Varios estimulantes para permanecer despierta, somníferos para dormir a la gente sin que se diera cuenta, provocadores de náuseas y una píldora de cianuro por si la capturaban. Dado que Émilie había podido avisarla a tiempo de la redada en Grignon, Noor había seguido transmitiendo, aunque cada vez más aislada. «En la actualidad, su emisora es la más importante y peligrosa de Francia», afirmará Colin Gubbins, jefe del SOE. Sin ella se habrían interrumpido los contactos entre Londres y la región de París. Cuando Georges Bidault es nombrado jefe del Consejo Nacional de la Resistencia, en sustitución de Jean Moulin, Noor transmite la información al otro lado de la Mancha desde la trascocina de un piso de la Place de l'Alma. Al final, será detenida en octubre de 1943, traicionada por la

hermana celosa del jefe de su red, a cambio de una suma diez veces inferior a la que los alemanes habrían estado dispuestos a pagar por ella.

16

Al mismo tiempo que en París se acosa a los espías, en Buchenwald se instala oficialmente el nuevo laboratorio. Este recibe el pomposo nombre de «División *Waffen-SS* de las fiebres y de la investigación sobre el tifus». Ding-Schuler es ascendido para la ocasión a *SS-Sturmbannführer*. «Algo excepcional a la edad de treinta y un años», presume ante su familia. «Tenéis delante al mayor y al médico más joven de Alemania.»

La «División de las fiebres» ocupa un bloque entero, el 50, rodeado, al igual que el 46, por una doble hilera de alambre de espino. Una puerta de madera encajada en un muro bajo de ladrillos impide el acceso a los no autorizados.

El «*Kommando* científico» del bloque está exclusivamente formado por prisioneros, ya que ningún hombre de las SS quiere contagiarse. Médicos, farmacéuticos, profesores y químicos de todas las nacionalidades. En total, sesenta y cinco personas, incluido el personal administrativo. A su cabeza se encuentra un intelectual católico de Viena, antiguo periodista de renombre en la prensa democristiana, Eugen Kogon. Tras ser nombrado secretario personal del jefe, Kogon asciende rápidamente en el escalafón. Su espíritu de organización, su dominio de los expedientes, su habilidad para hacer malabares con los números y las palabras, lo convierten de inmediato en alguien indispensable. El mayor delega en él, Kogon se ocupa de todo. El mayor titubea, Kogon decide en su lugar. El mayor tiene pereza, Kogon redacta por él los informes y los artículos científicos. «De

seguir así, no tardará en escribir hasta mis cartas de amor», bromea Ding-Schuler.

Kogon hace el doble juego y tiene en mente varios objetivos: aprovechar su posición de poder para mejorar las condiciones de supervivencia de los prisioneros que están a su cargo; crear una red de resistencia interna que rivalice con la de los comunistas alemanes; retrasar lo máximo posible la producción de la vacuna. Actúa en todo momento con extrema cautela. Ding-Schuler se deja manipular, pero sería un error subestimarle. Ha advertido al personal de que, al menor indicio de sabotaje, pondrá a todos contra las cuerdas. En el equipo hay varios soplones que informan al mayor sobre los movimientos y los gestos de cada miembro. Por suerte, Kogon los conoce y no los pierde de vista.

17

Los comienzos son trabajosos. El equipo improvisado de Ding-Schuler no cuenta con un especialista en tifus. La vacuna francesa es difícil de reproducir, porque acaba de salir de su fase experimental. Por si fuera poco, al manual de instrucciones que Ding-Schuler adquirió en París le faltan varias páginas, de hecho, varios miembros del bloque sospechan que lo robó. Para obtener cultivos suficientemente grasos y florecientes, el manual recomienda hacer pasar la bacteria por varios tejidos animales. Así pues, inyectan sangre contaminada en el cerebro de las cobayas o en sus testículos, un receptáculo que también es muy apreciado. Acto seguido, exprimen debidamente estos y el líquido infeccioso se transfunde a los ratones. Después, cuando los ratones aparecen febriles y mueren, extraen sus pulmones y los diluyen en una solución salina con la que se infecta a los cone-

jos. Tras perforar el cuello de estos con una aguja grande que alcanza la tráquea, llega la parte más delicada: matar al animal en el momento justo, cuando sus pulmones han segregado un número suficiente de bacterias y antes de que se produzcan infecciones secundarias. Por último, se extirpan los pulmones, se trituran en la centrifugadora y se tratan con formol. En teoría, un conejo suministra gérmenes suficientes para inmunizar a cien personas.

La elaboración de una vacuna es un proceso largo y arduo, un rompecabezas en el que hay que comenzar de cero cientos de veces. El bacilo de la tuberculosis tardó trece años en ser inactivado, después de doscientos trasplantes de una cepa de cultivo a otra idéntica. Pero el mayor Ding-Schuler tiene prisa por acabar, al diablo con la santa paciencia. Ha prometido a Himmler que tendrá el preparado en Navidad y mantendrá su palabra. Ding-Schuler es aficionado al teatro. La orden de caballería SS se le ha subido a la cabeza. Charla con sus equipos sobre la obligación de vencer o morir y sueña con ser el escudero que mata al dragón de la enfermedad. «No podría soportar la vida que hacéis aquí desde hace años, preferiría morir», confía a Kogon.

A mediados de diciembre le presentan un primer prototipo. «¡Si no funciona, me mato!», proclama. No funciona y Ding-Schuler renuncia al suicidio. Mejor falsificar los resultados. «Aún no lo hemos conseguido, pero queda poco», escribe a Berlín.

18

Entretanto, en Auschwitz se desencadena una epidemia de tifus en un bloque del campo de mujeres. Un médico joven, oficial de las SS, apenas un poco mayor que Ding-Schuler, se hace de inmediato cargo de la situación. Envía a las seis-

cientas mujeres judías del barracón a las cámaras de gas, ordena desinfectar el edificio de arriba abajo e instala en él a las reclusas vecinas, tras haberlas lavado, despiojado y vestido con unos camisones nuevos. El joven capitán de las SS es condecorado con la Cruz al Mérito de Guerra por su diligente respuesta. No tarda en ser ascendido a médico jefe del campo de Auschwitz II-Birkenau. La esposa del capitán de las SS está orgullosa de su ambicioso marido. Su nombre es Irene, igual que el de la señora Ding-Schuler. Él se llama Josef. *Herr Doktor* Josef Mengele.

19

Alfred Balachowsky pasó seis meses en la prisión de Fresnes, en la quinta planta, celda 467. Como las visitas estaban prohibidas, se comunicaba con su mujer por medio del papel para liar cigarrillos que escondía en la ropa sucia que estaba autorizado a entregarle. De esa forma, se intercambiaron un sinnúmero de cartas minúsculas escritas con mina de grafito, dobladas y metidas bajo la costura de las mangas de las camisas. En algunas de ellas, Balachowsky escribió la dirección de los amigos que corrían peligro de ser detenidos.

Marido y mujer quedaron en verse clandestinamente, apenas unos segundos, una tarde de domingo, a las dos en punto. Para que pudiera distinguir dónde se encontraba, Balachowsky colgó un jersey azul oscuro de rayas en el exterior de la ventana de su celda. Émilie esperaba en la calle, con un pañuelo blanco en una mano, que empezó a agitar en el aire, con los ojos llenos de lágrimas, cuando vio asomar por el tragaluz la cabeza de su marido.

Tras su traslado al campo de concentración de Compiègne, Balachowsky es deportado a Buchenwald el 17 de ene-

ro de 1944. Convoy 171. El superior directo de Balachowsky en PROSPER, el poeta Armel Guerne, logra saltar del tren. Cuando, al cabo de diez meses, llega a Inglaterra, lo encierran hasta que finaliza la guerra. Londres sospecha de él por ser el único alto responsable de la red que ha sobrevivido. Tantos peligros superados, esperanzas truncadas, para acabar languideciendo como un traidor...

Émilie, por su parte, está desesperada. El falso nombramiento en el Instituto Pasteur no ha servido para nada. Un pedazo de papel que al final se ha esfumado en el horizonte. Paciencia, querida Émilie, ese pedazo de papel es su mejor seguro de vida.

20

En el bloque de las cobayas no solo se ocupan del tifus, también prueban tratamientos para curar el edema carencial, el cólera, la fiebre amarilla y la fiebre tifoidea. Además, en él tiene lugar un número de sacrificios nada desdeñable. Arthur Dietzsch, el *Kapo* del bloque, aterroriza a sus pacientes. Vaga por los pasillos empuñando una porra. Sus camilleros y enfermeros están bien alimentados, son enérgicos y van armados. Obedecen sin rechistar todas sus órdenes y tienen instrucciones de dejar inconscientes a los recalcitrantes. Por lo demás, Arthur Dietzsch es el que inocular la sangre infectada. Es él, nadie más, quien remata a los moribundos con una inyección de ácido.

El terror es tal que fuera circulan los rumores más delirantes. Ding-Schuler mismo comienza a alarmarse. Atraídos por el espejismo de unas mejores condiciones de vida, algunos reclusos se prestaron en un principio a someterse a los experimentos. Comparado con los barracones abarrotados del campo, el bloque 46 no tiene nada que envidiar a una

clínica de lujo: habitaciones limpias, ventiladas y bien caldeadas; camas individuales con mantas, sábanas y almohadas; comida abundante y medicinas a voluntad. Pero nadie se atreve a ir allí ahora. Dado que la mayoría de las cobayas que enviaban contra su voluntad eran triángulos verdes, los dirigentes comunistas alemanes vieron que esto podría ayudarles a eliminar de manera cómoda a sus enemigos, así que modificaron a su conveniencia la lista que había elaborado la *Politische Abteilung* (Departamento político), la sección de la Gestapo en el campo. En la actualidad, esta se niega a respaldarlos. De hecho, ninguna autoridad de Buchenwald quiere seleccionar a las cobayas: ni las SS ni los *Kapos*, aún menos el gallina de Ding-Schuler. Al final, el mayor consigue que las cobayas sean elegidas fuera del campo. Los condenados a penas largas abandonan las cárceles centrales. Dirección: el bloque 46.

21

Balachowsky permanece un mes de cuarentena en Buchenwald, en el bloque 52, una perrera hedionda. Once hombres para tres jergones llenos de pulgas. Llamada todas las mañanas a pesar del frío y de no tener abrigo. Una sopa acuosa que comparten en un único cuenco. Abscesos e infecciones por todo el cuerpo, que nadie se encarga de curar. Algunos sucumben nada más llegar, demasiado debilitados por el viaje y las privaciones de la prisión. Otros sufren un síncope después de días de duro trabajo en la cantera. Marchand, un camarada de la red PROSPER, muere ante sus propios ojos.

Tres convoyes de deportados franceses llegaron con Balachowsky a finales de enero. Un total de casi seis mil hombres. En la parte superior de la ficha de identidad que tuvieron que rellenar figura una palabra mecanografiada y encuadrada en

rojo: *Meerschäum* (espuma de mar). Según parece, los han apodado así, igual que hicieron con los deportados judíos acorralados durante la operación Viento de Primavera, a los que llamaron Noche y Niebla. Nadie ignora que los nazis son sensibles a las bellezas del mundo natural.

Escoria para las fábricas de cañones. La industria bélica del Reich necesita urgentemente mano de obra. Entierra por todas partes sus plantas de producción de armas, blanco de las bombas aliadas. Buchenwald es un centro de selección inmenso: solo los más afortunados permanecen en el recinto del campo principal, los demás van a dejarse la piel trabajando en los campos diseminados por toda la región de Turingia. En la jerga del campo se conocen como los *Kommandos* externos. La brigada de trabajo que hay que evitar como la peste es Dora. Balachowsky se entera de que en ella se sobrevive como mucho seis semanas. Sus efectivos se renuevan por completo todos los trimestres. Cientos de hombres mueren cavando en la roca un gigantesco túnel donde van a instalar una fábrica subterránea de armas secretas. Las famosas V1 y V2. V de *Vergeltung*, los misiles de la venganza. Algo que ignoran en Buchenwald, dado que nadie vuelve con vida de allí. Un convoy funerario regresa cada semana para incinerar los cadáveres. Dora no tardará en tener su propio crematorio.

22

El 10 de febrero de 1944, Balachowsky sube a un camión militar lleno hasta los topes, tanto que hay que permanecer en cucullas sin moverse durante las cuatro horas que dura el trayecto. El primero que levante la cabeza recibirá un disparo de pistola. Balachowsky se enteró el día anterior de su destino. Solo tiene cuatro letras y empieza por D.